

1

(San Francisco, abril de 1906)

Nada de lo que ha pasado durante esta historia ha estado nunca en mis manos. Y si lo estuvo no supe verlo. Solo he sido la marioneta de unos hilos que me han ido llevando de la mano por un sendero marcado por los límites de mi ignorancia y al que solo me queda agradecer haber puesto su presencia en mi solitario camino.

Me veo obligado a escribir estas notas ante la imposibilidad de continuar con la búsqueda que un día un terremoto puso en mis manos. El destino así lo ha querido y, si algo he aprendido en estos últimos años, es que nadie puede contradecir a su destino. Fuimos mal creados y mal criados. Lo mejor, para que quien encuentre estas notas pueda entenderlo, es que empiece la historia por el principio.

Hacía un par de días que habíamos llegado a aquella magnífica ciudad, que para mí, hasta entonces, solo había existido en mis sueños más hermosos. Cuando nuestros padres, banqueros bien posicionados en la alta sociedad, nos hablaron de la posibilidad de emprender un viaje a aquellas lejanas tierras, no dudamos en aceptar la invitación con desorbitada alegría. Para unos jóvenes, como éramos mi primo y yo, aquello era una auténtica aventura

al alcance de muy pocos. Y, efectivamente, lo fue. Una gran aventura. La AVENTURA, con mayúsculas.

El viaje había sido agotador. Demasiados días a bordo de un barco. Parecía increíble que, después de todo el tiempo que se llevaba hablando de la construcción de un canal en Panamá, semejante al canal de Suez, que une el Mediterráneo con el mar Rojo, este siguiera sin acabar de construirse. No fue hasta 1914, ocho años después de nuestro viaje, cuando se terminó la obra. Así que, cuando planeamos aquel viaje a California para conocer las tierras de nuestro tío, allí afincado desde que decidió probar fortuna en la tierra de las oportunidades, solo nos quedaron dos opciones: o bien desplazarnos por mar hasta la ciudad de Washington y cruzar todos los Estados Unidos de América por tierra, lo que hubiera sido todavía más tortuoso y agotador, o embarcarnos en aquel viaje por mar surcando el Mediterráneo, las costas africanas, India y el Pacífico.

Todas las penurias vividas durante el trayecto a causa de los mareos producidos por el vaivén de las olas y las incomodidades de tener que vivir en tan escasos metros cuadrados, merecieron la pena cuando nuestro barco atracó en el puerto de San Francisco.

Aquel lugar me cautivó. Entrado el mes de abril del año 1906, San Francisco era todo lo que en mis sueños pensaba que debía ser una gran ciudad. El puerto rezumaba vida por todos los costados. Gentes de todos los lugares del mundo llegaban a aquel puerto con sus mercancías exóticas y se mezclaban con los oriundos del lugar en una torre de Babel que me entusiasmaba. Los olores del puerto eran tan variopintos que uno se podía pasar horas allí sentado disfrutando de mercancías indias, europeas o chinas y volver a casa impregnado del aroma de lugares que,

con seguridad, nunca llegaría a visitar. Barcos y más barcos de todos los tamaños no dejaban de llegar a puerto. Todos cargaban y descargaban sus bodegas y dejaban parte de su cultura en aquel lugar, enriqueciéndolo más que si portaran metales preciosos, antes de reemprender el regreso por la ruta de la India hasta el mar Mediterráneo.

Recuerdo que, al día siguiente de desembarcar, dejé a mi primo Juan en casa de nuestro familiar y me pasé la tarde viajando en el tranvía que serpenteaba por las calles de aquella magnífica urbe. No dejé de maravillarme con los edificios, me dejé embaucar por aquel aroma a prosperidad y futuro, mezcla del olor que desprendían las empresas, de la tierra mojada de sus calles, del estiércol de los caballos que tiraban de los coches, del humo de los cigarros de los hombres que viajaban a mi lado y del perfume de sus mujeres. Aquel lugar emanaba vida y me impregnaba con su vitalidad.

Decidí bajarme del tranvía cerca de Lotta's Fountain. Un lugar emblemático, cruce de las avenidas más transitadas de la ciudad. Si uno se quedaba el suficiente tiempo observando en aquella esquina acababa viendo pasar a todas las personas que vivían en San Francisco. Allí me quedé durante largo rato, disfrutando de la ciudad y de sus gentes. Apoyado en aquella fuente, tenía a mi derecha el hotel Palace. Un hotel que, incluso para mí, gente de buena alcurnia y buena posición social, estaba fuera de mi alcance. Sus dimensiones ocupaban toda la manzana y sus seis lujosas plantas lo hacían el edificio más alto que alcanzaba a ver mi vista en aquella dirección.

Hombres y mujeres, todos ellos elegantemente vestidos, paseaban por la vetusta acera. Un niño, vestido con ropas raídas

y un sombrero calado hasta los ojos, vociferaba los titulares de la prensa intentando vender alguno de los periódicos que colgaban de su brazo. Señoras, señores y señoritas pasaban por su lado sin prestarle mucha atención, algunos incluso le miraban con cara de desprecio, otros se compadecían del joven vendedor y le dedicaban una mueca en forma de fugaz sonrisa, los menos le compraban un diario y se lo guardaban bajo el brazo. El niño, incansable, se mantenía en sus trece de gritar a los cuatro vientos los titulares mientras agitaba con violencia uno de los ejemplares con su mano derecha.

Por la carretera no dejaban de pasar tranvías, coches (era increíble la cantidad de gente que poseía un vehículo a motor en aquella ciudad) y carros de caballos, todos abarrotados de gente variopinta que iba y venía llenando la calle de voces y de traquetear de ruedas. Uno de los caballos del carro aparcado frente a la fuente esperando clientela, de pelo negro y grandiosa presencia, giró la cabeza hacia donde yo me encontraba y relinchó suavemente, sin estridencias. Más que una protesta de caballo agotado por el día de trabajo parecía una invitación a subir, una llamada en busca de un cliente que le permitiera cabalgar a paso lento por las calles de la ciudad y que le sacara de aquella inmovilidad a la que le sometía el arnés sujeto con fuerza por el conductor. Un cliente que le permitiera pasearse por las calles en busca de algún rincón todavía desconocido a sus enormes ojos negros, al encuentro de algún tesoro arquitectónico escondido tras la próxima esquina.

Con una sonrisa, ante aquella absurda idea de que el caballo se dirigiera a mí, decliné la invitación con un ligero movimiento de mi sombrero, a lo que, para mi sorpresa, el caballo respondió con

un resoplido triste mientras agachaba la cabeza y golpeaba con desgana un terrón de tierra.

La sonrisa casi se vuelve carcajada, lo hubiera hecho si la decencia y el decoro no me hubieran contenido, cuando observé una curiosa escena justo a mi lado. Entre donde yo me encontraba y el carro, fuera de los límites que marcaban unos pivotes de piedra alrededor de la fuente, que impedían a los carros aparcar en los alrededores de la misma, dos bellas jóvenes charlaban de forma distraída mirando hacia el coche de caballos. No llegué a entender qué decían, hablaban en voz baja, pero parecía como si estuvieran decidiendo si era buena idea o no coger aquel transporte. Ambas iban elegantemente vestidas, una de ellas con un vestido color tierra entallado y un sombrero a juego; la otra, que a mí me pareció más atractiva, vestía con una falda negra y una blusa blanca, también iba ataviada con un sombrero de color claro y llevaba el pelo recogido. Las dos hablaban ajenas a lo que pasaba tras ellas. Justo a sus espaldas, cuatro caballeros ataviados con sus trajes y sus sombreros paseaban sin quitarles la vista de encima, deleitándose en las curvas que dejaban intuir aquellos vestidos entallados y aquellas blusas. Dos de ellos, ante la distracción de tan bellas damas, llegaron a chocar con estrépito. Los sombreros de ambos cayeron y uno de aquellos distinguidos caballeros llegó a dar con sus huesos en el suelo. Las señoritas, al oír el ruido a sus espaldas, se giraron y sonrieron al imaginar cuál había sido la causa de aquel incidente. Mi buena educación reprimió la carcajada, aunque no la sonrisa ni el pensamiento de que les estaba bien merecido. Las jóvenes damas, en cambio, más descaradas que un servidor, rompieron en risitas traviesas mientras observaban a los ruborizados caballeros disculparse

por su enorme torpeza y, avergonzados, salir corriendo mientras intentaban recomponer sus maltrechas vestimentas. No tardaron en perderse, cada uno por su lado, con su vergüenza, entre aquel gentío que cruzaba sin cesar la calle Market, calle principal de la ciudad y por la que transitaban decenas de tranvías, coches de caballos, coches a motor, señores montados en bicicletas y niños corriendo.

Cuando la tarde avanzaba y la ciudad comenzaba a quedarse vacía, si es que esa palabra se puede aplicar a San Francisco, volví a montarme en uno de los tranvías. Nunca había estado en una ciudad donde este medio de transporte se utilizara tanto. En los pocos metros cuadrados del vagón nos apretujábamos dos decenas de personas que volvían a sus casas al acabar la jornada. Junto al brazo de un hombre que se pegaba a mis costillas e intentando evitar acabar apretado contra una jovencita de mirada inocente que se mantenía erguida a mi lado, hice todo el trayecto sin prestar demasiada atención a la conversación que mantenían, con efusividad, dos caballeros a mi espalda, intentando hacerse oír entre aquel ajetreo, y me dejé llevar por mis pensamientos y sueños mientras llegaba a casa de mi tío, donde me esperaba, impaciente, mi primo Juan.

Teníamos que arreglarnos. Aquella noche estábamos invitados a una de las fiestas más importantes de la ciudad. Subí a mi cuarto y elegí uno de los trajes negros que todavía no había sacado de la maleta desde nuestra llegada y una camisa blanca que se mantenía impecablemente planchada, logro solo al alcance de mi querida ama de llaves y, después de asearme, bajé al salón ante los gritos de mi primo al que, locuaz y sociable como era él, las fiestas de sociedad le entusiasmaban, y se impacientaba si no era de los

primeros en llegar. A mí, sin embargo, estas fiestas me resultan embarazosas y prefiero mis paseos solitarios por las calles de la ciudad, pero a veces las obligaciones mandan sobre los deseos. Ninguno de los dos nos imaginábamos cómo iba a cambiar toda aquella ciudad en poco tiempo y, menos aún, cómo iban a afectar aquella fiesta y los acontecimientos que después sucedieron, a nuestras vidas. Era 17 de abril.

La velada fue más increíble de lo que imaginábamos, o por lo menos de lo que yo había llegado a pensar. Cuando mi primo Juan me vio bajar por las escaleras de la casa vestido para la ocasión me dedicó una sonrisa de aprobación. «Pobrecita la infeliz que esta noche se fije en ti, primo José», me dijo cuando estuve a su lado, y es que mi primo me considera, o al menos me consideraba en aquella época, con una fama inmerecida por mi parte, un auténtico donjuán. La verdad es que en eso nunca nos poníamos de acuerdo, ya que para mí era él, con su capacidad oratoria, sus ojos verdes y su cuerpo atlético, el que volvía locas a las mujeres y, en cierto modo, le envidiaba por eso. Además, compartía nombre de pila con el conquistador personaje de José Zorrilla.

Yo, en cambio, pese a que mi físico también era atlético y a que tenía un gusto más elegante y refinado que mi primo a la hora de vestir, me consideraba más desafortunado a la hora de seducir a una bella dama. La cicatriz que desfigura mi rostro no solía ayudarme demasiado. Además, desde joven, todo el valor que tenía para los negocios y para enfrentarme cada día a la vida se convertía en vergüenza e inseguridad cuando era una mujer la que se acercaba a mí. En esos momentos, toda mi seguridad e inteligencia se esfumaban, borradas por la magia de una sonrisa o de una mirada, y me convertía en un pequeño bufón tartamudo

que a duras penas conseguía decir una frase coherente a la altura de las circunstancias. Pese a esto, y aunque la relación hubiera terminado hacía ya dos años, el que hubiera estado emparejado con una de las mujeres más deseadas y bellas de mi ciudad me concedía, ante los ojos de mi primo, unas dotes de conquistador que yo nunca había considerado merecer.

Al llegar a la cena nos llevamos la primera agradable sorpresa. La casa era una preciosa casa victoriana. Nos recibieron en el salón. Un espacio enorme con una confortable chimenea y un gran ventanal con vistas a un magnífico jardín.

El anfitrión, uno de los más importantes comerciantes del puerto de San Francisco, era íntimo amigo de nuestro tío. Lo había conocido poco después de que los dos llegaran a aquella ciudad en busca de un futuro prometedor en aquellas tierras emergentes de América y, desde entonces, habían entablado una más que buena amistad. Marcos, que así se llamaba aquel comerciante de aspecto duro y serio, pero con una mirada dulce y apacible, que delataba su verdadera personalidad, tuvo a bien concedernos el honor de sentarnos a su mesa a cenar y nos hizo pasar al comedor, decorado con zócalos de madera altos y bellas tapicerías.

Allí conocimos a Sara y a Blanca, hijas de Marcos y de una belleza espectacular. Sara era una jovencita encantadora con cara de niña traviesa y sonrisa maliciosa, con la cara llena de pecas que delataban su juventud. Llevaba un vestido amarillo limón a juego con su sedosa melena rubia, que llevaba recogida en un elegante moño que le hacía parecer más alta. Era delgada y tenía una piel muy blanca, como la de una muñeca de porcelana frágil y hermosa. Tenía los ojos verdes esmeralda, herencia de su madre, y

unos labios finos que acentuaban aún más su imagen de delicada muñeca. Mi primo Juan no podía quitarle los ojos de encima.

Blanca, en cambio, daba una imagen de serenidad. Su pelo castaño hábilmente recogido y su cara ovalada le hacían parecer, o por lo menos a mí me lo pareció cuando mis ojos se fijaron en ella en las presentaciones, un ángel. Su piel, aunque también blanca como la de su hermana, no la hacía parecer una muñeca. Su tonalidad se asemejaba más a la de la luna llena en primavera. Estaba menos delgada que su hermana y su vestido rosa pálido dibujaba su sensual figura. Sus ojos, de un marrón claro semejante a la miel, dulces como la mirada de su padre, estaban dotados de una profundidad y un misterio tal que corrías el riesgo de sumergirte en ellos si los mirabas fijamente unos segundos. Estuve a punto de perderme dentro de su mirada, y lo hubiera hecho encantado, si no fuera porque mi primo me golpeó en los hombros invitándome a tomar asiento en la mesa, justo enfrente de donde Blanca se sentaba, al lado de su padre.

Mi primo, más atrevido que yo en estas situaciones, fue el encargado de romper el hielo entre nosotros cuatro. Él se encontraba en su salsa cuando se trataba de hablar. Tenía el don de la palabra. Dirigió la conversación durante la cena como un hábil director de orquesta que controla con su varita todos los instrumentos necesarios para componer una bella melodía y, con su particular sentido del humor y lenguaje vivaz, rompió las barreras entre las señoritas y nuestra presencia conquistando su confianza y su atención, hipnotizándolas con la música que salía de sus labios al hablar. Marcos nos miraba divertido desde la presidencia de la mesa aprobando con sus asentimientos el sutil cortejo que se traía mi primo con sus hijas, y me invitaba a participar más

en la conversación cuando nuestras miradas se cruzaban, lo que, al contrario de animarme, conseguía ruborizarme aún más y ponerme más nervioso de lo que ya estaba.

La cena se desarrolló entre los succulentos manjares, que unos atentos sirvientes nos iban dejando en la mesa, y las sonrisas de nuestras anfitrionas, conquistadas por la verborrea de mi seductor primo. Yo me limité a acompañar sus conversaciones y a contestar con amabilidad cuando mi primo me interrogaba, delante de las damas, sobre mis progresos en los negocios y en la bolsa. Me llegué a sentir como una pieza de ganado a la que exponen en una feria en busca de un vendedor que pague un buen precio por ella. En otro momento me hubiera sentido ofendido por la actitud de vendedor ambulante de mi primo. En aquella ocasión, en mi fuero más interno, no me hubiera importado ser comprado, incluso regalado.

Cada vez que los ojos de Blanca se cruzaban con los míos me sentía sumergir en ese misterio que de ellos se desprendía. Era incapaz de apartar mis ojos de ella y de articular palabra cuando nuestras miradas coincidían. Era ella la que, siempre después de sonreírme, devolvía la atención a las palabras de mi locuaz primo y me permitía recuperar la movilidad y el habla. Incomprendiblemente, era en aquel momento, en el que su mirada se apartaba de mí y recuperaba mis sentidos, cuando peor me sentía, y deseaba que volviera a mirarme y quedarme paralizado en sus ojos para la eternidad.

Terminada la cena, llevándome a uno de los rincones del salón, mi primo me preguntó si alguna de las damas despertaba mi interés. No dudé en responderle. Blanca, la hija mayor de Marcos, con sus ojos color miel, sus rasgos dulces, su pelo castaño

recogido y aquellos labios carnosos, de un color rosa pálido, a juego con su vestido, su maravillosa sonrisa y su manera de reír, había despertado algo más que un interés en mí. Había despertado sentimientos que, aunque siempre había albergado la esperanza de que solo se encontraran dormidos en mi interior, había llegado a creer muertos.

Durante la cena me había visto incapaz de apartar mis pensamientos de ella, escucharla hablar y reír me producía un hormigueo en el estómago que apenas me había permitido degustar los manjares que nos servían en la mesa. Fue una lástima desaprovechar aquellos succulentos alimentos traídos de todas partes de América e India y que tan deliciosamente había preparado el cocinero. Yo no lo sé, porque apenas si comí, pero mi primo ensalzaba sin cesar aquellos manjares y los comparaba en exquisitez con la sonrisa de nuestras acompañantes. Y si aquellos platos sabían la mitad de bien que bonita era la sonrisa de Blanca, tenían que ser auténticos manjares.

Blanca me producía un nudo que sellaba mi apetito. A duras penas probé bocado y, cuando lo hice, fue más por el hecho de no parecer descortés ante nuestro anfitrión que llevado por las ganas de comer, pese a que probar aquellos alimentos traídos de tierras extranjeras había sido uno de mis principales motivos para aceptar la invitación a la cena... hasta que la vi.

Si alguna vez en mi vida he creído en el amor a primera vista fue entonces, cuando mis ojos y los de Blanca se habían cruzado, una vez más, durante los postres y ella me dedicó una sonrisa que me atravesó el alma y con la punta de su lengua humedeció suavemente los labios buscando los dulces restos del helado que comía, lo que me hizo derramar parte de mi hojaldre a la piña,

con tanta delicadeza elaborado y servido, sobre la servilleta que cubría mi pantalón. Por suerte no llegó a percatarse de mi torpeza, o si lo hizo supo no reflejarlo en su rostro.

Mi primo me confesó sentirse atraído por su hermana Sara, muy acorde a los gustos por el sexo opuesto del galán de mi primo, siempre aficionado a conquistar jovencitas de apariencia frágil a las que poder refugiar entre sus fornidos brazos y, para mi sorpresa y sonrojo, me dijo que había visto cómo Blanca me había mirado durante la cena y que haría bien en invitarla a bailar.

El miedo me paralizó. Bailar se me daba bien, sí, pero acercarme a Blanca y decidirme a invitarla era algo que no me atrevía a hacer. Siempre aquel maldito miedo a un no por respuesta que me atenazaba. Y mira que siempre me decía a mí mismo después, en la soledad de mi cuarto, que cómo podía ser tan tonto, que entre un no por respuesta y el no atreverme a decir nada no había mucha diferencia. El resultado en la práctica era el mismo, de ninguna de las dos maneras conseguiría acercarme nunca a otra mujer.

Quizás fuera el hecho de que rompieran mi compromiso en el momento en el que mi cara quedó marcada el que me hacía sentir aquel tremendo miedo a ser nuevamente rechazado. Mi pareja en aquel entonces, hija de un comercial español muy adinerado, no había tenido reparos en decirme que una mujer de su clase y nivel no podía llegar a casarse nunca con un hombre desfigurado de aquella manera. Y todo porque, en una jornada de cacería con su padre, y futuro suegro mío, mientras cabalgábamos persiguiendo a un zorro, este se metió entre unos árboles. Mi futuro suegro se adentró con su caballo en la arboleda, incapaz de dar por perdida a la presa y yo, menos hábil en la montura, en mi afán por agradar

al padre de mi prometida, fui tras él. Atento como iba a perseguir al zorro no vi una rama que, azotada por el viento, me golpeó en la cabeza, haciéndome caer de mi caballo, rasgándome la cara y dejando una fea cicatriz que cruza mi rostro desde la comisura de los labios hasta cerca de mi ojo derecho. Por suerte para mí, aquel día esa rama, que si hubiera golpeado unos centímetros más arriba me hubiera hecho perder la visión de mi ojo, me había abierto los ojos sobre el carácter y la personalidad verdaderas de la que era, hasta entonces, mi prometida.

Me devanaba los sesos en aquellos pensamientos cuando mi primo me sacó de ellos de golpe. Se había separado de mi lado y venía de frente agarrado al brazo de Sara y con su hermana Blanca a su lado. Los tres se dirigían hacia mí. Las piernas me empezaron a temblar y sentí cómo unas gotas de sudor frío comenzaban a mojar mi frente. ¿Qué se proponía mi primo?

No tardé en averiguarlo, y antes de que me diera cuenta de lo que había pasado, estaba bailando con Blanca y mi primo me dedicaba una sonrisa mientras hacía dar un giro a Sara. En ese momento lo maldije por la indiscreción de haber invitado a bailar a Blanca en mi nombre. Un minuto después, lo adoré. Pasado el primer instante de vergüenza, mis piernas se dejaron llevar por la música que sonaba en el salón y danzando al ritmo de aquellas notas se olvidaron del temblor de los nervios y, con ello, fueron serenando mi ánimo. La frente dejó de sudar y mis manos, agarradas al talle de Blanca, sentían el cosquilleo de la emoción. Blanca era aún más bella teniéndola entre mis brazos. Sentía cómo mi corazón se aceleraba con cada acorde musical y deseé que aquella pieza no acabara nunca, temiendo que la siguiente canción rompiera la magia del momento. Era una

música lenta que envolvía todo el lugar. La gente bailaba alegre a nuestro alrededor, pero yo ya no les daba ninguna importancia. Para mí, en ese instante, estábamos ella y yo solos en el inmenso salón de la casa.

Cerré los ojos un segundo, intentando fotografiar en mi mente aquel instante y, al abrirlos y descubrir que no estaba en ninguno de mis habituales sueños, me atreví a buscar su mirada. Sus ojos estaban llenos de una paz que se apoderó de mi ser, en su boca seguía dibujada la misma sonrisa que me había atravesado el alma durante la cena y que me había desarmado. Ella me miraba también a los ojos, manteniendo la mirada fija en mí. Pero esta vez no la apartó, como había hecho en repetidas ocasiones durante la cena, y acabé por sumergirme del todo en el misterio de sus ojos. Se dejaba llevar por la música bailando como los ángeles, esos mismos a los que su cara ovalada me había recordado nada más verla. Agradecí al cielo, en lo más profundo de mi corazón, que en su cara no se reflejara ninguna mueca de rechazo cuando sus ojos dibujaron mi rostro, incluida mi fea cicatriz. No sé cuánto tiempo tardé, ni siquiera recuerdo lo primero que le dije, pero al final me decidí a hablarla y ella rio. Qué maravillosa fue aquella noche y qué amargo el siguiente despertar.

Pasamos la noche bailando y riendo. Blanca era tan magnífica como persona como bello su cuerpo. Su conversación era inteligente. Influenciada por las diferentes gentes y culturas que arribaban cada día en el puerto en el que trabajaba su padre, había forjado un carácter abierto y aprendía de todo lo que la rodeaba. Sus ojos, cuatro años más jóvenes que los míos (yo acababa de cumplir los veintiséis años), habían conocido más de lo que los míos serían capaces de conocer en toda la vida. Hablar con ella

era gratificante; mirarla era una droga que diluía los problemas y las preocupaciones y que lo llenaba todo de calma, paz y una sensación de bienestar; rozar su cuerpo al bailar me producía unos cosquilleos que iban desde la yema de mis dedos hasta lo más profundo de mis pensamientos. Intentaba rechazar la idea con todas mis fuerzas. Cerraba los ojos para intentar que mi razón no fuera cegada por lo que mis ojos veían pero, en cuanto volvía a abrirlos y mi mirada y la suya quedaban fijas la una en la otra, mi razón, mi lógica, estallaban en mil pedazos y mi corazón me latía en el pecho gritando lo que mi mente quería callar. Me estaba enamorando perdidamente.

La noche llegaba, por desgracia, a su fin. Hubiera vendido mi alma al diablo solo porque aquella noche no se terminara y mi mirada no se tuviera que apartar nunca de aquella mirada angelical. La gente abandonaba la casa y los invitados volvían a sus hogares. Hacía tiempo que habíamos perdido de vista a Sara y a mi primo Juan. No me importaba en absoluto. Yo quería estar a solas con Blanca y que nada me impidiera seguir mirando aquellos ojos y aquellos labios cada minuto de mi vida.

Agarrándome con dulzura de la mano, cruzamos todo el salón y salimos al patio de la casa. Era un patio enorme, grandioso, como todo lo que decoraba aquel hogar. Había una fuente en medio del jardín, en cuya agua en calma se reflejaba la luz de la luna y de la que bebían alegremente unos pajaritos de vivos colores justo antes de irse a dormir a las ramas de varios árboles que rodeaban el lugar, superando con creces la altura de la valla que protegía el patio de la mirada curiosa de posibles transeúntes. Las flores comenzaban a florecer sobre el verde césped y ahora se mostraban cerradas, guardando fuerzas y refugiándose de las,

todavía, frescas noches de San Francisco. Blanca me llevó tras uno de aquellos árboles de enorme tronco y frondosas hojas, fuera de la vista de los invitados que aún quedaban en la casa. A solas los dos. Por fin a solas en el mundo.

Durante casi una hora estuvimos hablando. Con mis manos en su cintura y las suyas sobre mis hombros, como si aún estuviéramos bailando, aunque la música ya hubiera cesado. Frente a frente, muy cerca el uno del otro. Hablamos de todo y de nada. De las ganas que los dos teníamos de que no terminara la noche. De lo poco que nos importaría a ambos no tener que separarnos. La cordura también habló, nos dijo que siempre podríamos vernos al día siguiente, que a mí todavía me quedaban varios días en aquella ciudad antes de regresar a España y que podríamos pasarlos juntos. Hablamos de los lugares que me llevaría a conocer de San Francisco. Incluso yo le hablé de que se viniera conmigo a España, a lo que ella respondió con una sonrisa y un «ya veremos qué dice mi padre a eso de irse a otro país con un desconocido». Intenté protestar, alegando que yo no era ya ningún desconocido, al menos para ella, sin llegar a darme cuenta de que ella bromeaba con aquellas palabras. Ella posó uno de sus dedos sobre mis labios y me dijo que disfrutáramos de aquel momento juntos y de los días que aún nos quedaban y que todo lo demás se vería después, que la vida era más bonita si se vivía sin prisas. Dibujé una sonrisa en mis labios. Blanca tenía razón. ¿Por qué pensar en eso entonces si todavía teníamos varios días por delante para estar juntos? Qué equivocados estábamos los dos.

Poniendo como excusa su condición de señorita bien educada, me dijo que no estaría bien visto que dos jóvenes estuvieran hablando a escondidas detrás de un árbol a aquellas horas y que

sería mejor volver a la casa y despedirse hasta el día siguiente. Esta vez sí que noté en su tono de voz la ironía de sus palabras y le di la razón. Se volvió hacia la casa, pero la sujeté con mi mano y la giré hacia mí. Con el valor que me dieron los latidos de mi pecho y los deseos de mi cuerpo, la abracé entre mis brazos y le besé en los labios. Ella se mostró sorprendida, pero no tardó en corresponderme y rodearme con sus brazos. Fue el beso más maravilloso de mi vida. Sus labios eran frescos como el rocío y suaves como los pétalos de rosa que baña. Su sabor, dulce; su pasión, intensa. Fue un beso en el que sentí cómo el calor de su aliento entraba en mi cuerpo haciéndome recuperar las ilusiones perdidas unos años antes. Si la muerte me hubiera dado alcance en ese momento, yo hubiera muerto feliz. Por un instante, la brisa de la noche se quedó quieta, observándonos, los pájaros mantuvieron el silencio en las ramas y todo lo que nos rodeaba dejó de tener valor en comparación con nuestro beso.

Cuando nuestras bocas se separaron la dije, con la misma ironía que ella había empleado con anterioridad, que tampoco aquello estaría bien visto, pero que me moría de ganas de besarla. Sin mediar palabra, salió corriendo entre risas hacia la casa. Le di alcance en las escaleras que subían a su cuarto. Ya no quedaba en la casa ningún invitado. Yo era el último. La abracé por la cintura. Con gesto altivo me llamó descarado por haberme atrevido a besarla y me dijo, dibujando una sonrisa en su cara, que a mí me pareció que tenía la misma luz que un amanecer, que no olvidara pasar a recogerla a la mañana siguiente. Jamás podría olvidarlo, iría a buscarla aunque se acabara el mundo aquella noche. En aquel momento no podía imaginar lo cerca que estaba de acertar en mi vaticinio. Me despedí de ella hasta el día siguiente y, para

mi sorpresa, fue ella esta vez la que me robó un suave beso de los labios antes de salir corriendo escaleras arriba.

Estuve tentado de seguirla y quedarme a pasar la noche con ella. Pero sé que hubiera sido un error y solo hubiera servido para estropear aquella velada tan increíble. Así que me comporté y, cogiendo mi sombrero y mi chaqueta, que con amabilidad me tendió una de las criadas, salí de la casa y decidí regresar andando hasta casa de mi tío. Feliz y contento, recordando cada minuto de aquella noche en mi cabeza, rememorando el instante en que sus labios se habían fundido con los míos, recreando su sabor en mi boca y pensando en volver a verla a la mañana siguiente. Las calles de San Francisco estaban en silencio, permitiéndome centrarme en mis pensamientos. Decidí regresar andando para alargar un instante más aquella inolvidable noche.

Sería la una de la mañana de aquel día 18 de abril de 1906 cuando llegué a casa de mi tío. El ama de llaves me abrió la puerta con suma elegancia, pese a la hora intempestiva a la que me atrevía a llegar, y sin un solo mal gesto que me reprochara haberla mantenido en vela hasta aquel momento. Con sigilo, para no despertar a mi tío y evitar así su más que seguro interrogatorio sobre el motivo de mi tardanza, subí a mi cuarto y me cambié de ropa con sumo cuidado para no despertar a mi primo, acostado ya en su cama y plácidamente dormido con una sonrisa de triunfo dibujada en su cara, que delataba que su noche también había sido maravillosa. Qué diferente era su rostro la siguiente vez que lo vi. El mundo, aquel mundo de elegancia, futuro y prosperidad en el que me encontraba y que tanto me había entusiasmado; la vida, sobre todo la mía, cambió, como la cara de mi primo, aquella misma mañana del 18 de abril de 1906.